

(Números de la Revista correspondientes
á 29 de Enero, 1.º y 15 de Febrero de 1844.)

ESPARTERO.

ARTÍCULO 6.º

SUCESOS DE BARCELONA

EN NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1842

La situación se iba empeorando por momentos, el descontento se hacía más vivo y se expresaba de una manera harto significativa; la prensa bramaba de cólera, los partidos se removían; se comunicaban, se ponían de acuerdo para aprestarse á una batalla que más ó menos decisiva, se había hecho ya inevitable. Espartero había arrojado el guante, y la nación lo recogió.

Érase á principios de Noviembre de 1842, y encontrábase la ciudad de Barcelona en aquel estado de agitación y zozobra en que tan á menudo ha solido hallarse esta población infortunada. Asuntos municipales de una parte y cuestiones políticas por otra, tenían divididos y encondos los ánimos hasta un punto difícil de expresar; el lenguaje de la prensa estaba indicando bien á las claras que

el encono rayaba en exasperación, y que bien pronto la discusión se entablaría en las calles y plazas. El partido que á la sazón bullía, y que hacía cara al Gobierno, era el más extremado en principios democráticos: la *república* era encomiada sin rodeos, la insurrección excitada sin rebozo (1). La inmensa mayoría de Barcelona no simpatizaba por cierto con las doctrinas republicanas; pero tampoco se ponía del lado del Gobierno. Muy al contrario, le odiaba profundamente por su sistema político, por su deferencia á los extranjeros, por sus designios de sacrificar la industria catalana; y para cõlmar la medida y acrecentar el peligro, le despreciaba por su impotencia. En crisis tan

(1) Para formarse una idea del lenguaje de la prensa, léase el siguiente plan de revolución, que publicaba cada día *El Republicano*:

PLAN DE REVOLUCIÓN.

«Cuando el pueblo quiera conquistar sus derechos, debe empuñar en masa las armas al grito de ¡Viva la República!

ENTONCES SERÁ OCASIÓN DE CANTAR EN CATALUÑA.

Ja la campana sona,
Lo canó ja retrona.....
Anem, anem, republicans, anem!
A la victòria anem!

I.

Ja es arribat lo día
Que 'l poble tan volfa:
Fugiu, tirans, lo poble vol ser rey.
Ja la campana sona.....

II.

La bandera adorada
Que jau allí empolvada,
Correm, germans, al aire enarbolem!
Ja la campana.....

III.

Mireu la qué es galana
La ensenya ciutadana,
Que llibertat nos promet si la alsem.
Ja la campana.....

formidable, á la vispera de una tempestad horrorosa, cuando era necesario exquisito tacto político, estaban al frente de Barcelona Van-halen y Gutiérrez. Increíble parece que las autoridades no vieses todo lo grave é inminente del peligro; increíble parece que ellos solos no vieran lo que todo el mundo palpaba; increíble parece que el general encargado de conservar el orden se mantuviese tranquilo con la esperanza de dominar con *facilidad* cualquier tentativa de rebelión política. He aquí no obstante, cómo explica su modo de mirar las cosas el general Van-halen en su *Diario razonado de los acontecimientos que tuvieron lugar en Barcelona*. Después de haber dicho cuatro palabras sobre lo

IV.

Lo garrot, la escopeta,
La fals y la forqueta
¡Oh catalans! ab valor empuñem!
Ja la campana.....

»Debe dar muerte á todos los que hagan armas contra él.
»Debe aniquilar ó inutilizar todo lo que conserve algún poder ajeno de su voluntad, ó sea todo lo que depende del actual sistema, como son las Cortes, el trono, los ministerios, los tribunales, en una palabra, todos los funcionarios públicos.

V.

La Cort y la noblesa,
L'orgull de la riquesa,
Caigan de un cop fins al nostre nivell.
Ja la campana.....

»Debe atacar no más que á los hombres del poder, y evitar los actos de venganza personal: es indigno de la majestad del pueblo atacar á los indefensos de los partidos vencidos.

»Debe apoderarse de todas las plazas fuertes, y amalgamar la fuerza popular con la del ejército fiel al pueblo.

»A los caudillos que le dirijan sólo debe obedecerlos mientras dure la insurrección, y fusilarlos si quieren dejar en ejercicio alguna autoridad del régimen actual.

»Inmediatamente después del triunfo en cada pueblo se nombran á pluralidad de votos tres simples administradores, uno de ellos presidente, que absorban toda la autoridad; en las grandes poblaciones, éstos publican un estado de los demás

que él juzga verdaderas causas de la insurrección, continúa:

«Todo esto y aun mucho más que sería largo referir, fué con destreza puesto en juego para que produjese lo que después se vió. Pero ceñido yo á las funciones de mi mando, bien marcadas por las instituciones y leyes que nos rigen, veía marchar la revolución, sin serme dado impedir los actos que la preparaban; si bien con la franqueza que me es propia, confesaré que la misma odiosidad y división de partidos, cuyos fines parecían tan opuestos, me hizo creer que ninguno por sí solo sería bastante fuerte para hacer una revolución imponente; no pudo ocurrirme jamás que depusiesen sus odios inveterados, uniéndose

funcionarios locales indispensables; y á los dos días convocan al pueblo para su nombramiento: si trataren de ejercer por sí este acto de soberanía, se les fusila, y se eligen otros.

»A los ocho días debe reunirse nuevamente el pueblo para la elección de los representantes en el Congreso Constituyente, y á éstos se les libran poderes en que se diga: «Discutiréis y formularéis una Constitución Republicana bajo las siguientes bases: la nación única soberana: todos los ciudadanos iguales en derechos: todas las leyes sujetas á la sanción del pueblo, sin discusión, y revocables todos los funcionarios elegidos por el pueblo, responsables y amovibles: la república debe asegurar un tratamiento á todos sus funcionarios, educación y trabajo ó lo necesario para vivir á todos los ciudadanos. Dentro de tres meses debe estar terminado el proyecto de Constitución y presentado á la sanción del pueblo.»

VI.

La milicia y lo clero
No tinga mes que un fuero:
Lo poble sots de una y altre es lo rey.
Ja la campana.....

VII.

Los públichs funcionaris
No tingan amos varis:
Dépengan tots del popular Congrès.
Ja la campana.....

VIII.

Los ganduls que 's mantenen
Del poble y luego 'l venen

estrechamente para hacer una guerra asesina y traidora á unas tropas modelo de virtudes, y que por tantos años á costa de inmensos peligros, fatigas y de todo género de sacrificios, habían trabajado para dar á la nación las instituciones que nos rigen y que deben hacer su prosperidad y grandeza.

»Conocía la historia, y no olvidaba la de los acontecimientos de Barcelona y resto de Cataluña desde 1638 al 1640; pero me parecía imposible que pudiesen reproducirse pasados dos siglos, en que tantas razones de conveniencia reciproca debían estrechar los lazos fraternales entre todos los habitantes de la nación española. En esta

Morin cremats, sino pau no tindrém.
Ja la campana.....

IX.

Y los que tras ells vingan
Bo serà que entés tingan
Que son criats, no senyors de la grey.
Ja la campana... ..

X.

Un sol pago directe
Y un sol ram que 'l colecte;
Tothom de allí serà pagat com deu.
Ja la campana.....

XI.

Que pagui qui té renda
O he alguna prebenda:
Lo qui no té, tampoch deu pagar res.
Ja la campana.....

XII.

Lo delme, la gabella,
Lo dret de la portella,
No, jornalers, may mes no pagarém.
Ja la campana.....

»El pueblo permanece con las armas en la mano, pronto á servirse de ellas si sus mandatarios no respetan aquellos principios. — De este modo el pueblo por sí mismo puede hacer la revolución, sin dejarla en manos de corifeos ambiciosos que le estafen como los de Setiembre y sólo aseguren su dominación.»

—A. T.

convicción reposaba tranquilo, lisonjeándome dominaría con facilidad cualquiera tentativa de rebelión por causa política; pues á la fuerza del ejército contaba se le uniese la de todos los hombres honrados de los demás partidos; con tanta más razón, cuanto que, rígido observador de la Constitución y de las leyes que de ella emanan, cuando llegase á emplear la fuerza sería en completa observancia de ellas, y nunca el agresor ni el provocador. Incapaz de perfidia y de traición, nunca las creo en-nadie mientras no las veo demostradas; pero repito y repetiré mil veces que jamás esperaba la conducta observada en los días 14, 15 y 16 por la mayoría inmensa de una población de 160.000 almas como es la de Barcelona, en cuyo obsequio en el largo periodo de mi mando he hecho cuanto ha estado á mi alcance para contribuir á su bien y prosperidad.»

Llegó el anochecer del 13 de Noviembre; una insignificante pendencia se convirtió en amagos de asonada. La noche fué inquieta, las autoridades estaban en alarma, la ciudad en zozobra; pero al ver al día siguiente la conducta de Van-halen y Gutiérrez, al ver que los grupos se aumentaban, que se construían barricadas, que se amontonaban rápidamente los elementos de trastorno, los recelos se trocaron en serios temores; no cabía duda de que amenazaba un grave conflicto.

Sin haberlo presenciado es imposible concebir el desatiento con que procedió á la sazón el Capitán General. Cuando los grupos eran insignificantes, cuando no estaban posesionados de los puestos, cuando no se habían construido barricadas, cuando la masa del pueblo estaba completamente pasiva, esperando el desenlace de un drama cuyo principio no comprendía, entonces la autoridad militar se mantuvo en inacción, mirando al enemigo que se reunía, se organizaba, se parapetaba, y que sin ambages ni disimulo retaba al combate. Sólo en la mañana del 15, cuando las cosas presentaban ya un carácter muy grave, cuando la insurrección tomaba ya un aspecto algo imponente, bien que no tanto como se imaginó Van-halen, cuando era me-

nester andar con mucho tiento en disparar, entonces el Capitán General desplegó ostentosamente sus fuerzas, y marchó con sus batallones, escuadrones y baterías, á hacer lo que pocas horas antes no hubiera resistido á una compañía de granaderos (1).

El estruendo de las descargas y el estallido de los cañones anunciaron á la ciudad consternada el principio de la

(1) He aquí el parte que el Capitán General daba al Gobierno con fecha del 14. En él se halla una relación de los primeros pasos del levantamiento, y se echa de ver cuán mal juzgaba los sucesos que habían de sobrevenir el 15:

«Ejército de Cataluña. — E. M. — Excmo. Sr. — Hace algunos días que se anunciaba un alboroto, para el que debían aprovechar la primera coyuntura favorable; ya fuese con pretexto del embarque del tabaco de la suprimida fábrica, ya por oponerse á la quinta, y también hicieron correr voces de que el Gobierno había impuesto una contribución para reedificar la Ciudadela. Al anochecer de ayer, entrando por la Puerta del Angel el considerable número de gente que acostumbra á salir á las inmediaciones de la plaza los días festivos, trataron algunos paisanos de introducir vino de contrabando, aprovechando la confusión que produce en la puerta la muchedumbre; un individuo del resguardo detuvo á uno de los contrabandistas, quien resistiéndose se puso á luchar con él, por lo que tuvo que acudir la guardia á su socorro, y queriendo otros paisanos proteger al contrabandista, tuvo la guardia que hacerlo al resguardo, de lo que tomaron pretexto algunos promovedores de desórdenes para llevar á cabo el alboroto premeditado; tiraron algunas piedras á la guardia; y ésta sin hacer uso de sus armas despejó el frente del puesto, y mandó un soldado á dar parte á la plaza, pero al atravesar éste un grupo se le echaron encima, y tuvo que meterse en la guardia de prevención del 5.º batallón de M. N. donde fué protegido. — Sabedor de esta ocurrencia, mandé reforzar aquella guardia, y el Sr. Jefe político tomando fuerza del regimiento de Guadalajara, marchó á la Plaza de la Constitución, donde me dió aviso el Alcalde Constitucional de que se habían reunido en grupos como unas 300 á 400 personas, de todas clases, y algunas con armas, pidiendo que se constituyese en sesión el Ayuntamiento. El Jefe político me pidió 50 caballos, los que le mandé inmediatamente, así como dispuse desde luego poner la guarnición sobre las ar-

refriega: con fundamento ó sin él, corrieron voces alarmantes que acalararon los ánimos, y dieron al combate cierta popularidad. Las tropas fueron hostilizadas desde las casas, el tiroteo resonaba en diferentes puntos de la capital; los muertos y heridos eran ya en número considerable; Van-halen se amilanó. Al cabo de pocas horas cesó el fuego, replegarónse las tropas, y tomando brío la

mas Al entrar aquella autoridad con 70 hombres y un ayudante mío en la referida plaza, se oyó un tiro, por lo que mandó cargar las armas, á cuya orden se dispersaron los grupos. Poco después supe que en el cuartel 3.º de M. N. que es de los republicanos, se reunieron tumultuariamente varios individuos de dicho batallón, y que habían arrestado á algunos oficiales, sargentos y soldados que se dirigían á sus cuarteles, ó iban á llevar á sus oficiales la orden de concurrir á ellos, quitándoles las armas y teniéndoles como rehenes ó prisioneros, dirigiéndoles expresiones que sólo á la mucha disciplina de los cuerpos de este ejército se debe el que no se sigan más desagradables consecuencias. A poco tiempo sin embargo los soltaron, y habiendo marchado á dicho cuartel el Jefe político, prendió á unos cuantos nacionales que habían quedado en él, contra los que se sigue causa, así como contra los redactores de *El Republicano*, y varias personas sospechosas que se habían reunido en la Redacción de aquel periódico, donde encontró también armas y municiones, algunas de la M. N. y otras prohibidas, de todo lo que es consiguiente dará cuenta al Gobierno.— Las tropas permanecieron sobre las armas hasta las seis de la madrugada, en que sólo quedaron retenes en todos los cuarteles.— A las once recibí los oficios del Jefe político, cuyas copias son adjuntas, así como de los que le he dirigido (números 2, 3, 4, 5 y 6): he vuelto á poner la guarnición sobre las armas, y espero el resultado de las disposiciones de la autoridad civil para obrar en consecuencia.— No ha ocurrido otra novedad ni creo que llegue á alterarse el orden de un modo que comprometa gravemente la tranquilidad pública; pero si esto se verificase, puedo asegurar á V. E. que haré respetar las leyes y el Gobierno, y quedarán de tal modo escarmentados los alborotadores, que no volverán á reproducirse los desórdenes.— Dios guarde á V. E. muchos años.— Barcelona 14 de Noviembre de 1842.— Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.

insurrección, que se creyó ya vencedora, aprovechóse de la agitación de los ánimos, del odio general contra el Gobierno, y la ligera chispa se convirtió en incendio espantoso.

En la tarde del 15 y mañana del 16 era difícil concebir lo que había sucedido y estaba sucediendo en Barcelona. Nadie sabía á punto fijo por qué ni para qué; pero lo cierto es que la ciudad y sus alrededores estaban levantados en masa, que las tropas estaban encerradas en los fuertes, y que el Gobierno no tenía una sola voz en su favor. Jamás se vió un movimiento más rápido, más simultáneo, más imponente; la población estaba convertida en un campamento; ciudadanos por otra parte muy pacíficos, se hallaban en actitud de recibir á balazos al enemigo, si se aventuraba á una tentativa; y el ensayo de arrojar los muebles por la ventana estropeando impunemente á los agresores, había corrido de boca en boca, siendo muy crecido el número de los resueltos á emplear este medio de defensa. ¡Nadie pensaba en Montjuich (1)!

(1) Hemos visto el parte del 14; el del 15 demuestra cuán errado anduvo en su conducta el general Van-halen:

«Ejército de Cataluña.— E. M.— Excmo. Sr.:— Por el correo de ayer dí á V. E. conocimiento de lo que sabía ocurría hasta aquella hora, con respecto á la tranquilidad pública, la cual cada vez se fué alterando considerablemente, reuniéndose en la Plaza de San Jaime y otros puntos de la ciudad los diez batallones de la M. N., y muchos que no le pertenecían; por lo que pasé á la habitación del Jefe político, donde también acudieron los alcaldes y comandantes de aquella llamados por él, para prestarle cuanto apoyo estuviese á mi alcance; á eso de las diez de la noche dieron parte todos los comandantes de haberse retirado á sus casas la mayor parte de sus respectivas fuerzas, que ya habían construido barricadas en todos los alrededores de la Plaza de la Constitución. Mas sin embargo, de todos los mismos batallones, sin querer obedecer á sus comandantes, quedó una gran parte de la fuerza en la Plaza de San Jaime é inmediaciones, cuyo número no puede calcularse por estar ocupadas las casas. A las siete de la mañana de hoy, perdidas todas las esperanzas de que los sublevados obedecie-

¿Era republicano el movimiento? Basta conocer á Barcelona para convencerse de que su inmensa mayoría estaba muy lejos de prohibir semejantes ideas. Que la ciudad se levantase en favor de la república es un absurdo que no merece refutación. Cierta autoridad tuvo la humorada de hablar de carlistas y de clero que tocaba á rebato: la inocentada es perdonable: es de aquellas que por ridículas no dañan.

¿Tratábase de restaurar la regencia de Cristina? Así lo dijeron también los que amalgamaban á D. Carlos con la república. Esto no necesita comentarios. Sin embargo, consúltense los documentos de la época, véanse las opi-

sen á las autoridades civiles, fué indispensable emplear la fuerza, atacando á la Plaza de San Jaime en tres direcciones con la fuerza disponible de los regimientos de Zamora, Saboya y Guadalajara, y la artillería; pero encontrando una resistencia que no era de esperar, y saliendo de todas las casas y azoteas que podían ofendernos en todas direcciones un nutrido fuego, acompañando á el arrojarlos cuanto tenían á la mano ya preparado, todos los esfuerzos del valor más decidido no tuvieron otro resultado que el aproximarnos hasta las primeras casas que daban al Call, haciendo en ellas unos 120 prisioneros, y en la dirección opuesta hasta la plazuela del Angel, sufriendo por ello pérdidas de consideración en oficiales y tropa, pidiéndome los coroneles de los cuerpos dichos, refuerzos que no podía darles, porque la única reserva que me quedaba eran unos 200 hombres del regimiento de Almansa que en la Rambla, con la caballería, hacían frente al ataque, que se nos hacía por todas las calles que dan á ella, y desde edificios de la misma: en esta situación los reunidos en la plaza, que se habían aumentado considerablemente, pidieron se suspendiese el fuego, dando mil protestas de que acto continuo se restituirían á sus casas, ofrecimiento que las circunstancias me obligaron á aceptar, mas no cumplieron ninguno de ellos, encontrándose en una anarquía espantosa, y á fin de ver si era posible conseguir no se repitiesen las hostilidades, reuní mis fuerzas en su punto de partida; pero como éstas llevaban dos días con sus noches de estar sobre las armas sin el menor descanso hombres y caballos, y viendo que la insurrección era general, aun cuando no se hacía fuego más que en alguno

niones y antecedentes de los hombres que estaban al frente del movimiento, y se echará de ver que la conspiración cristina no tenía mucha mayor verosimilitud que la carlista. Además, que no indagamos aquí cuáles fuesen las miras de los que comenzaron el levantamiento, sino que buscamos el pensamiento que animaba é impulsaba á la mayoría de la población; y en este sentido puede afirmarse con entera seguridad, que el movimiento no fué cristino por la sencilla razón de que nadie soñaba entonces en proclamar á Cristina.

Se ha tenido por cierto que el instinto de conservación y de defensa de la propiedad, que se creyó amenazada,

que otro punto distante, donde escalaban la muralla por diferentes parajes batallones y gente armada de los pueblos de las inmediaciones, reuní las tropas en la Ciudadela, Atarazanas y cuartel de Estudios, reforzando á Montjuich después de treinta mil ofrecimientos de que todos entrarían en el orden: mas esto lejos de cumplirse, ha continuado el fuego sin interrupción al frente de esta Ciudadela, pero sólo de algunos tiradores cubiertos en las casas, sin tener con quien entenderme en la ciudad, porque el Jefe político está aquí, y algunos alcaldes en Atarazanas. La fuerza que tengo en esta Ciudadela no pasa de 1.300 hombres, á que tengo que dar de comer mañana, y siguiendo el estado de hostilidad en que se halla el pueblo, no espero lograr víveres de él. El provincial de Salamanca acaba de llegar á estas inmediaciones, y le he prevenido lo conveniente para que entre en la madrugada de mañana con los víveres que pueda reunir. — Nada ha dejado que desear el comportamiento de las tropas y su admirable disciplina, siendo por lo mismo más sensible que sus esfuerzos y la sangre que se ha derramado, no haya producido el feliz resultado que sería de desear. — He pasado comunicación á los comandantes generales de las provincias para que, reuniendo todas las fuerzas que tengan después de dejar cubiertas las plazas, acudan á estas inmediaciones. — No sé cómo se presentará el día de mañana; pero haré cuanto pueda por sacar el mejor partido posible de esta situación. — Dios guarde á V. E. muchos años. Ciudadela de Barcelona 15 de Noviembre de 1842. — Excmo. Sr. — El conde de Peracamps. — Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.»

había puesto sobre las armas á Barcelona, y dado al movimiento una popularidad que sin esta circunstancia no hubiera alcanzado. Es decir, que se ha supuesto que la cuestión fué principalmente social, mas no política. Jamás hemos podido convencernos de esta aserción; jamás hemos podido aceptar como satisfactoria una explicación semejante. Es bien posible, y se ha dado como seguro, que uno que otro soldado cometiese desmanes al entrar en las casas situadas en el lugar de la refriega; pero dudamos mucho que la generalidad de la población llegase á temer seriamente que se la entregase al saqueo.

Las quintas, los algodones, las disputas sobre intereses locales, bastaban para popularizar el movimiento; pero en el fondo de los espíritus, en el entendimiento de los previsores, y en el corazón de los sencillos, se abrigaba otra cosa; lo que para unos era una conjetura, era para otros una esperanza instintiva. Había un deseo inexplicable de deshacerse del poder que pesaba sobre la nación; todo lo que tendía á este blanco, todo lo que dejaba entrever la posibilidad de que contribuyese á derribar á Espartero, todo era acogido con avidez, aplaudido con entusiasmo. La prensa que combatía á Espartero era la expresión de la opinión pública; esta prensa no se cuidó mucho de analizar el origen del alzamiento, sólo atendió al fruto que de él se podía sacar. Pues bien: lo mismo mismísimo aconteció en Barcelona: se creyó que quizás existirían combinaciones al intento, que en otros puntos estallarían insurrecciones semejantes, y la esperanza pública adivinaba ya en Noviembre lo que debía suceder en Junio. Todo estaba indicando que un poder tan desacreditado no resistiría á la prueba de un pronunciamiento de algunas ciudades importantes. ¿Quién no recuerda la viva ansiedad con que se aguardaban los correos? Para quien haya visto de cerca los últimos acontecimientos que han derribado á Espartero, es indudable que el pensamiento, el instinto del público, eran entonces los mismos que ahora. El mismo espíritu de tolerancia, el mismo grito de unión, la misma tendencia á

coligar los partidos contra el enemigo común. Y es que el pueblo, no el pueblo facticio, sino el verdadero pueblo español, había resuelto ya la cuestión mucho antes que no lo hicieran la prensa y las Cortes. No son la prensa y las Cortes quien ha guiado á la nación; la nación es quien ha guiado á las Cortes y á la prensa. Antes que los periódicos se coligasen, antes que en el Congreso se levantara el grito de alarma, la nación había tomado ya su partido. A los ojos de la España el poder de Espartero era caduco, y sobre caduco dañoso; inútil para todo lo bueno, eterno obstáculo á toda mejora, núcleo de elementos nocivos, semilla de inextinguibles discordias; altamente peligroso para la independencia del país y la seguridad del trono. La nación se reía ya de la inocente candidez de los que, siendo enemigos de la situación, esperaban no obstante que se desenlazarían por los trámites legales. Los pueblos están dotados de admirables instintos, y el verdadero pueblo español se distingue muy ventajosamente por esta calidad, sobre todo en las grandes crisis. Ya en 1808, cuando no pocos de los que leían los periódicos nacionales y extranjeros, y que estaban al corriente de la situación de Europa, miraban como insensata la resistencia al poder de Napoleón, el pueblo que no sabía tanto, se arrojó á la palestra á impulsos de su lealtad y de su brío: el resultado manifestó de parte de quién estaba la previsión. Ahora, cuando en los altos círculos todavía se hacían combinaciones ministeriales, y se preparaban batallas de urnas; la nación estaba viendo que todo era inútil, y que lo importante era salir al campo y emplazar con las armas en la mano al soldado de Buena-Vista.

Lamentamos como el que más la sangre de los soldados que, obedientes á la voz de sus jefes, perecieron en las calles y en las plazas, defendiendo la causa del Gobierno. Muchos de aquellos pundonorosos militares reconocieron, lo propio que los paisanos, el origen ilegítimo y las menegadas calidades del poder que empuñaba las riendas del Estado; mas no eran ellos quienes debían levantar el grito,

cuando á la sazón no existía otra bandera á la cual pudiesen acogerse. No es verdad que Barcelona los odiase, no es verdad que hubiesen resucitado en toda su viveza las antiguas antipatías entre catalanes y castellanos; si algún soldado solo caía en manos del paisanaje, no era atropellado; y hasta los heridos eran tratados con compasivo miramiento durante el calor de la refriega. Es cierto que los paisanos se batían con encarnizamiento; fué posible que uno que otro se abandonase á excesos, hijos de un furor momentáneo; mas tan pronto como se hallaban cara á cara con los soldados sin armas; tan pronto como no veían en ellos un defensor de Espartero ó un satélite de Zurbano, los trataban con la más afectuosa cordialidad.

Ya que hemos mentado un nombre propio, que en aquellos días era de execración, y que volvió á serlo en el pronunciamiento de Junio, no será fuera del caso decir sobre él cuatro palabras. Creemos que la llegada del general Zurbano á Barcelona no tendría otro objeto, como afirma el señor Van-halen, que pasar á Tarragona para inspeccionar las aduanas y el resguardo, y que serían voces alarmantes y difundidas adrede por los autores de la revolución las que circularon sobre la quinta, fusilamientos y otras cosas semejantes. No dudamos que Zurbano estaba á la sazón en actitud inofensiva y que no había recibido del Gobierno la misión que el público suponía; sin embargo nos atreveremos á preguntar al Sr. Van-halen, si no fué altamente impolítico que en circunstancias tan críticas, y en que los ánimos andaban tan suspicaces y exasperados, se presentase en la capital el hombre cuyo sistema de gobernar se había hecho tan famoso durante sus correrías en las provincias del Norte, su mando en Bilbao después de los sucesos de Octubre, y muy particularmente en la montaña de Cataluña y en la provincia de Gerona. Se hablaba á la sazón de realizar la quinta, cuyo solo nombre basta para exaltar á los catalanes; y en el momento que se suponía decisivo se presenta Zurbano, y se difunde rápida-

mente la voz de que él viene para obligar á los mozos á meter la mano en el cántaro.

Es preciso haber vivido en este país largo tiempo para conocer todo el efecto que debía de producir semejante noticia. Al catalán nada le importa tomar las armas, batirse en las calles y en los campos, consumir largos años de su juventud en medio de las fatigas militares; en una palabra nada le importa ser soldado, con tal que no se le fuerce á serlo y no se le apellide con este nombre. Será *miguelete*, será *voluntario* individuo de cuerpos francos ó de otro que tenga una denominación cualquiera; él propio correrá á alistarse para servir bajo la bandera levantada, hasta sufrirá que le sujetéis á cierta disciplina, que le llevéis á países distantes del suyo, que lo conduzcáis á los mayores peligros; haced de él lo que queráis, mientras os guardéis de llamarle *quinto*, de decirle que le ha caído la suerte de soldado. Al oír estas palabras se indignan y se amotinan ó huyen los mozos, lloran de desesperación y desconsuelo las madres y hermanas, los ancianos recuerdan orgullosos que *esto jamás se hizo en Cataluña, que los mismos reyes no pudieron nunca lograrlo*, y añaden que *esto no se debe consentir*: y así hablan hombres cargados quizás de heridas en la guerra de la Independencia, de la Constitución de 1820 y de los últimos siete años. Esto será un mal tan grave como se quiera, pero es un hecho positivo; la quinta es impopular tanto en las ciudades como en los campos; tales son las ideas y costumbres del país, que quien resista al Gobierno por motivo de la quinta encuentra en todas partes simpatías y apoyo.

Júzguese ahora de la indignación que había de producir la noticia de que se trataba de ejecutar la quinta, y de que el ejecutor era Zurbano. Estamos profundamente convencidos de que si los hombres que se pusieron al frente del movimiento hubiesen sabido presentar á todo el principado de Cataluña estas dos ideas, con toda claridad y viveza, removiendo con ellas el descontento y el encono que se abrigaba en el corazón de la inmensa mayoría del pueblo,

bastaban ellas solas para levantar el principado y consumir en Noviembre lo que se llevó á cabo en Junio. Porque preciso es confesarlo, Zurbano había comprendido muy mal el carácter de los catalanes; el sistema de los palos y fusilamientos prueba muy mal entre nosotros: no están acostumbrados los catalanes á besar la mano que los azota; cuando se les tiene el pie sobre la cerviz y se los sujeta amarrados con cadenas de hierro, ya que no pueden hacer otra cosa echan sobre el opresor una mirada fulminante. ¡Ay de él! el día que se rompa la cadena! los hombres insultados en las montañas y forzados por algún tiempo á comprimir su indignación y despecho, sabrán presentarse en las alturas del Bruch con el gorro encarnado; y aquellos pobres aldeanos que anduvieron maniatados por las cárceles y asistieron á horrorosos suplicios de sus hermanos, empuñarán briosos el fusil, disputarán á palmos el terreno á las tropas más escogidas, y con una mala escopeta tendrán bastante arrojo para encararse con la más aventajada lanza.

Ya que el general Van-halen afirma que no ignoraba la historia de Cataluña, no debía tampoco desconocer el carácter de los catalanes. Por amor á la conservación del orden debía avisar al general Zurbano que ó no entrase en Barcelona, ó saliese cuanto antes; tenerle á su lado durante las horas del combate, era dar pábulo á las voces que por desgracia habían cundido demasiado entre el vulgo, era dejar que se creyese que la llegada de Zurbano tenía un objeto particular para Barcelona, que él era quien debía encargarse de sujetar la ciudad si intentaba oponerse á las disposiciones del Gobierno.

Llama el general Van-halen al levantamiento de Barcelona la rebelión *más infame, injusta y traidora* de que hay ejemplo en la historia; y sin embargo afirma en otros lugares de su *Diario razonado*, que tomó parte en ella la inmensa mayoría de la población, lo que debiera hacerle considerar que una ciudad de ciento sesenta mil almas no es probable que se arroje en masa á una infamia, á una

injusticia, á una traición inauditas; debía hacerle entender que causas muy graves habían promovido irritación muy fuerte; que se abrigaba en el fondo de los espíritus un pensamiento político más ó menos determinado, pero bastante á levantar la indignación por mucho tiempo comprimida y arrojar el guante al hombre de funesta memoria que habiendo comenzado su ensalzamiento por medio de un tenebroso motin, gobernaba la nación con tanta flojedad y desacierto.

Júzguese lo que se quiera de la insurrección de Barcelona y alrededores, califiquese de justa ó de injusta, de noble ó de infame, de leal ó de traidora; lo cierto es que fué un acontecimiento de colosales dimensiones; y que si no tiene ejemplo en la historia, como dice el Sr. Van-halen, en lo infame y en lo injusto, tampoco tiene muchos en lo imponente y aterrador. Todavía recordamos con profunda emoción aquellos dos días de conflagración espantosa; todavía recordamos el aspecto formidable de una ciudad de ciento sesenta mil habitantes, encastillados en las calles y en las casas, haciendo frente al ejército, peleando primero con arrojo, y en seguida retándole al combate, cuando las tropas se andaban replegando como el león herido y acosado por el cazador; todavía recordamos el estrépito atronador que no cesaba de noche ni de día, y el ruido de los tambores, y el sonar de los clarines, y el galope de los caballos, y la gritería de la multitud, y los alaridos de los que en todas direcciones construían barricadas, y el estrépito de las descargas, y el retumbar de los cañones; todo dominado, enardecido, electrizado, por el fragoroso resonar de innumerables campanas. Sobrevenía á veces un momento de silencio; el corazón se abría á la esperanza de que españoles cesaban de combatir con españoles, y hermanos con hermanos; pero un instante después se rompía más vivo el fuego, y resonaban de nuevo las campanas, y con más fuerza, y con más brío, y más aprisa, como llamando á las armas para un peligro decisivo, como diciendo que era indispensable vencer ó